

## Controversia

# ¿Por qué emigran los cubanos? Causas y azares

Rafael Hernández  
María Isabel Domínguez  
Consuelo Martín  
Omar Valiño

**Rafael Hernández (moderador):** Bienvenidos a esta sesión de Último Jueves, dedicada al tema de la emigración como fenómeno social y cultural. Les agradecemos por estar aquí, muy especialmente a los panelistas que van a tener la responsabilidad de iniciar esta discusión. Nuestro interés es, precisamente, discutir la problemática de la emigración contemporánea, vista no como fenómeno demográfico, económico, político o familiar, sino desde la perspectiva del contexto cultural en donde se desarrolla, de sus implicaciones desde el punto de vista de la cultura y de la sociedad. Vamos a iniciar el debate precisamente con esa pregunta: ¿en qué sentido la emigración es un fenómeno cultural y social?

**María Isabel Domínguez:** Voy a apuntar cinco ideas básicas en relación con este tema de la emigración y sus elementos sociales y culturales. En primer lugar, el mismo fenómeno migratorio, a pesar de que ha tenido lecturas que priorizan los puntos de vista demográfico, económico, político, es, en esencia, de origen social y cultural. Hasta que no se logra un sentimiento de pertenencia a un grupo social específico, asentado en un determinado contexto espacial —o sea, en un territorio—, no es posible hablar de emigración cuando se abandona ese contexto y se trascienden sus fronteras; porque los pueblos nómadas se movían, pero no emigraban. Por lo tanto, el hecho mismo de que hasta que no exista una sociedad constituida, con una cultura propia —ya sea a nivel de grupos sociales específicos o ya de naciones— no sea posible llamar emigración al movimiento de personas de un lugar a otro, está indicando su sentido intrínsecamente social y cultural, desde el momento mismo de su surgimiento.

La segunda idea es que la emigración constituye un fenómeno que se produce en una permanente interrelación entre lo personal y lo social. Emigrar es, en última instancia, una decisión personal en la mayor parte de los casos. Hay casos de emigraciones forzadas, donde el elemento de decisión personal no está presente; pero en su connotación actual —o sea, a lo que nos referimos de manera más común— la emigración combina la decisión personal con condicionamientos sociales y culturales que, de alguna manera, inciden o influyen sobre esa decisión.

La tercera idea tiene que ver con esa combinación. En realidad, tal decisión se produce en relación con dos contextos sociales: el emisor y el receptor. Por tanto, los condicionamientos sociales y culturales de esos dos polos, el que emite y el que recibe al migrante, de una manera u otra, están influyendo en el fenómeno mismo.

La cuarta idea es que el fenómeno de emigrar ha sido siempre visto en dos dimensiones. A veces se realiza una lectura de la emigración como innovadora, creativa, de búsqueda, quizás de aventura del que abandona un contexto social y cultural de origen —con todo lo que eso significa en cuanto a su pertenencia a ese contexto— y va a la búsqueda de uno nuevo. Aquí también hay un elemento social y cultural importante. Se sabe que hay una relación muy directa entre la identidad —ya sea personal, grupal, social— y la inserción social. El contexto en el que el individuo o el grupo se inserta y se desarrolla constituye un referente esencial para la formación de la identidad. Por lo tanto, en este proceso hay una relación entre la desinserción de un contexto de origen —que está condicionado por la socialización, pero también por todas las tradiciones, la cultura acumulada de generación en generación—, y la búsqueda de inserción en un nuevo espacio social y cultural, que a veces tiene nexos con el propio, pero puede ser sustancialmente diferente. En ello se aprecia esa arista innovadora, creativa, del que emigra.

El proceso migratorio se ha visto también en otra dimensión, sin esas características tan idealizadas. Se piensa que es un proceso compulsado principalmente por condicionamientos sociales, culturales, que obligan al individuo a esta búsqueda, a pesar de la pérdida. El emigrante no sabe cómo va a ser su integración en el nuevo contexto, pero de todas maneras ya en el de origen tiene tan pocas posibilidades, que se lanza a esa búsqueda. Lo que quiero decir es que el fenómeno migratorio, desde el punto de vista social y cultural, se mueve entre el conocimiento y el desconocimiento, entre la novedad y la pérdida, entre la esperanza y el riesgo, el temor, la incertidumbre. Estos elementos están marcando, de alguna manera, el fenómeno migratorio, y eso tiene una fuerte connotación desde el punto de vista social y cultural.

Por último, la quinta idea, muy vinculada con la anterior, es que también está muy presente el elemento temporal; es decir, el proceso migratorio, de una manera u otra, está marcado por una relación entre pasado, presente y futuro; un pasado que tiene que ver con el país de origen, tradiciones, cultura heredada; un presente en el sentido de la búsqueda de algo distinto, y que innegablemente va a condicionar cambios para el futuro del individuo o del grupo; o sea, la inserción en el nuevo contexto va a acelerar un proceso de transformación desde lo social y lo cultural. Ya se trate de un emigrante individual o de grupos emigrantes, se va a producir un cambio sustancial entre el pasado y el futuro, a través de este presente migratorio.

**Consuelo Martín:** Lo primero que yo haría es tratar de ver con qué nociones del concepto de migración estamos funcionando. Emigración como proceso complejo, multicausal, dinámico, que se produce en un contexto determinado, en un momento histórico concreto, pero ¿qué noción implica la emigración? Tenemos una noción de traslado geográfico, de traslado temporal; esa noción de tiempo de la que hablaba María Isabel en cuanto a presente, pasado y futuro, pero también hay una noción de

tiempo físico real, y de tiempo psíquico, porque la emigración puede ser, para la idea de quien se traslada, breve, prolongada, o definitiva, independientemente de las regulaciones migratorias que le competan o no. Hay una noción de tiempo físico real y una de tiempo psicológico, o sea, cómo el individuo percibe la temporalidad de su traslado de un lugar a otro.

Como estamos hablando de emigración, tratamos de la salida hacia otro lugar, en el contexto histórico concreto contemporáneo, esto es, después de la existencia de los Estados-nación. Estamos hablando del traslado de un país a otro. Dentro del movimiento migratorio, como proceso, están la inmigración, si hablamos desde el espacio que recibe personas, y la emigración, si nos referimos a la salida de su lugar de origen. Además del traslado geográfico, del traslado temporal, se produce un impacto sociocultural de mucha importancia sobre los tres grandes actores envueltos en este proceso, que son no solo el individuo o el grupo que se traslada. Se suele hablar mucho de las características, las motivaciones, las relaciones, todos los determinantes del emigrante. Pero también están los determinantes que se relacionan con la sociedad receptora y con el país de origen, los otros dos actores. El impacto sociocultural se produce sobre los tres ejes, simultáneamente. Esto es así, sobre todo, en cuanto a la vida cotidiana. Me parece importante que cuando hablamos de emigración como fenómeno cultural y social, debemos relacionarla con el concepto de vida cotidiana, el escenario natural donde sucede este proceso. Cuando se ejecuta el traslado, hay necesariamente una socialización y resocialización: quien emigra tiene que aprender determinantes culturales y sociales del lugar a donde llega, tiene que aprender a relacionarse con su país de origen de otra manera, y satisfacer las necesidades por las que se movió hacia otro lugar. Debe tener una noción de en qué vida cotidiana se insertará o por qué salió de un lugar, qué pasa con la cotidianidad del lugar a donde decidió moverse. No son necesariamente factores solo de orden económico; yo diría que es un complejo multicausal, que a su vez tiene muchos factores dentro de sí, de tipo político, económico, familiar, sociopsicológico, sociorreligioso, jurídico y coyuntural. Este último factor tiene que ver mucho con la forma en que se ejecuta esa emigración. Por poner un ejemplo, si se trata de una salida ilegal por mar, coyunturalmente puede afectarse o no según el clima, la época del año o las medidas que tengan en el sitio de recepción.

Me gustaría presentar una noción de vida cotidiana desde el punto de vista teórico. Todos tenemos una vida, algo que sentir o hacer cotidianamente; pero desde el punto de vista teórico, para entender la emigración como fenómeno sociocultural, debemos profundizar un tanto en esto. Si entendemos la vida cotidiana como espacio, tiempo y ritmos concretos en que desarrollamos determinadas actividades y establecemos determinadas relaciones para la satisfacción de necesidades específicamente humanas, y que estas están pautadas por el momento de desarrollo que tengan la sociedad y el país de que se trate, el proceso migratorio atañe netamente a todos los elementos de la vida cotidiana, y estos son, a su vez, el escenario natural donde se estudian, desde la antropología, las cuestiones culturales o, desde la sociología, las sociales o socioclasistas. Cuando se produce la emigración hay una ruptura con los ritmos establecidos y los espacios conocidos para desarrollar la vida de cada uno. Todos los seres humanos, por más intelectuales que pretendamos ser, tenemos que satisfacer necesidades biológicas, sociales, de interacción, laborales, psicológicas, de afecto, paternas, de pareja; y cualquier ser humano, por más simple que pueda parecer, también tiene una elaboración de su propia vida, que puede ser más o menos monótona, más o menos rutinaria, pero siempre va a tener que ver con la decisión de emigrar.

**Rafael Hernández:** ¿En qué sentido han cambiado en los últimos diez años los factores culturales y sociales que condicionan la emigración? ¿Qué ha cambiado, en relación con lo que era antes, qué hay de nuevo?

**Consuelo Martín:** A lo que ha pasado, no solo en Cuba sino también en el mundo, en los últimos diez años, se le suele llamar crisis. Hay crisis económica, política, de sistema. Retomo la idea de vida cotidiana, ¿qué tiene que ver la crisis con la vida cotidiana, cómo la impacta desde el punto de vista cultural? Lo que tiene que ver es que rompe la forma de desarrollar la vida «naturalmente». Se rompe la forma en que se satisfacían las necesidades de manera social, disponible en las maneras conocidas. Por lo tanto, la vida resulta inédita y ese es un cambio, no solo cómo la gente se traslada, sino cómo consigue el dinero necesario para comprar los alimentos. En Cuba, en particular, en la primera parte de la crisis económica, durante los momentos más difíciles del Período especial, la pregunta era dónde estaban esos alimentos. Una serie de cosas que habitualmente sabíamos hacer, de buenas a primeras, por lo inédito que resulta la crisis, no las sabemos hacer. Y este elemento tiene un reflejo a nivel psicológico. Sabemos cómo funcionar o hacia qué modelos vamos, y de pronto no coincide con los hechos.

Uno de los impactos que esto tiene sobre el tema migratorio es la flexibilización de las regulaciones migratorias durante los años 90. Antes no era fácil realizar visitas temporales a otros países, y luego fue posible. Se sabe que hay personas que permanecen hasta once meses en otro país. Allí trabajan y luego regresan a Cuba, y con ese dinero que ahorran, viven. Es una estrategia de solución a la crisis. Existe también la posibilidad de viajar con permiso de residencia en el exterior, lo cual quiere decir que no es una salida definitiva, sino que se va por contrato de trabajo o por matrimonio con extranjeros. De tal manera, cambia la noción de «irse del país», que existía como representación social después del año 1961, cuando aparece una regulación migratoria de salida definitiva.

**Omar Valiño:** Alguien ha dicho, y se ha repetido refiriéndose a la emigración cubana, que el cubano emigra por aburrimiento. A mí me gusta esa expresión; de hecho la he trabajado, no de un modo sociológico, pero tomándola en cuenta en algún momento. Sin embargo, quisiera tener una aproximación a ella de un modo más científico. ¿Es un disparate, es una simple frase, se le pueden encontrar conexiones de orden más elaborado a esa afirmación?

**Consuelo Martín:** Estoy pensando en la posibilidad de que alguien emigre «por aburrimiento». Lo estoy elaborando al mismo tiempo que trato de entenderlo desde el punto de vista teórico. En los últimos diez años se han producido una serie de cambios a nivel económico y político en el país, determinadas regulaciones —en este caso migratorias—, que impactan la subjetividad social y la connotación social del acto de emigrar. Las palabras que se utilizaban hace cuarenta años para hablar de la emigración han tenido un proceso de cambio. En estudios que hemos realizado, hemos comprobado que muchas personas, ahora, consideran la emigración como algo normal, natural, o que la vivimos como algo cotidiano en momentos puntuales como la salida de agosto de 1994, donde cualquiera de nosotros pudo haber visto en la costa a la gente cargando una balsa. Es una cuestión que impacta la connotación social de este fenómeno desde el punto de vista cultural.

A partir de esas medidas, están las visitas de cubanos que viven fuera de Cuba, y al relacionarse con su familia participan directamente en la vida cotidiana de las personas en la Isla: vienen a bodas, bautizos, actividades de fin de curso escolar. Esos casos empiezan a emerger durante esa década, como consecuencia de un replanteamiento que nos hacemos, más o menos elaborado, más o menos consciente,

de cómo vamos a establecer determinadas estrategias para solucionar la crisis, lo cual demanda un reajuste económico a nivel social general, y en la vida de cada una de las personas. Y ahí el proceso migratorio estaría viviéndose, a nivel familiar, desde un punto de vista menos politizado. Prefiero no decirlo tajantemente, sino que existe la posibilidad de un proceso de despolitización de las mentalidades a nivel familiar, aun cuando en otros niveles de la sociedad existan determinados postulados que se mantienen y justifican una posición más politizada del propio proceso. Lo que ha emergido entonces, dicho en otras palabras, es una heterogeneidad dentro de la multicausalidad del proceso migratorio. No es que en otro momento no haya existido, sino que durante esta década un cambio importante es que ha sido visible —y masivamente visible, como pudo haber sido el caso de Elián en la televisión— la heterogeneidad de las posiciones de las distintas personas envueltas en el proceso migratorio cubano. Lo que me vino a la mente cuando escuché que el cubano emigra por aburrimiento, fue decir: bueno, si hay un momento en el cual las personas están reaccionando a las presiones de un cotidiano en crisis, puede haber estrategias más activas de solución a los problemas, y puede haberlas más pasivas. Algo así como «se lo encargo a otro y yo fluyo hasta donde pueda», y puede haber también la resaca, por decirlo de alguna forma, de que existe en la sociedad cubana —yo diría que internacionalmente, pero ahora estamos pensando en Cuba— la posibilidad de emigrar, y a veces de manera mucho más fácil a los Estados Unidos —por regulaciones migratorias vigentes en ese país— que a otro. Por algunos estudios sobre las salidas ilegales, sabemos, por ejemplo, que durante el éxodo de 1994 un grupo de personas estaba jugando dominó y alguien que preparaba su viaje dijo: «necesito alguien para que reme», y uno de los jugadores respondió: «sí, sí total...». Eso fue lo que me vino a la mente cuando oí decir que el cubano emigra por aburrimiento. Yo nunca me atrevería a afirmarlo tal cual. Sí diría que puede haber emergido esa posibilidad, justamente por la crisis de los 90 y los impactos que ella tiene. En otra época —como puede haber sido el año 1980— se decía «por la aventura». Ahora puede que se diga: «bueno, si no estoy haciendo otra cosa, pues voy a correr mi suerte».

**María Isabel Domínguez:** Yo coincido bastante con Consuelo. Los factores que han cambiado en los últimos diez o doce años en la sociedad cubana, y que han provocado cambios en el proceso de emigrar, se pudieran ver desde tres aristas. Una, evidentemente, son las condiciones socioeconómicas. Ha habido una situación de crisis económica que ha impactado la realidad social de todos los grupos de individuos, con énfasis en la vida cotidiana, que eleva la presión por emigrar como vía de solución a necesidades inmediatas, personales y familiares. Es un elemento que está presente, y creo que si se compara con la década de los 80, cuando las condiciones económicas eran muy distintas, es un dato no muy discutible. También coincido en que hay un segundo momento que tiene que ver con la flexibilización de las regulaciones migratorias, que condiciona este proceso, y hace que tenga unos derroteros más viables en algunas direcciones, y también lo estimula.

Me quisiera centrar en un tercer conjunto de factores que Consuelo también tocaba, pero me gustaría ampliarlos un poco más. La sociedad cubana de la década de los 90 ha tenido una apertura mucho mayor al intercambio social y cultural con otras realidades —tanto dentro, a través de procesos tales como el turismo, la presencia en Cuba de personas extranjeras por diferentes vías, empresas de capital mixto, etc., como también por la presencia temporal de cubanos en otros países. Evidentemente, ha habido un proceso de salidas temporales mucho más dinámico que en etapas anteriores, por contratos de trabajo, por estudios en el exterior. Hay una dinámica de relaciones de Cuba con el mundo mucho más diversificada en

estos últimos años y también porque los contactos por la vía mediática —Internet, medios de comunicación de diversa naturaleza— se han incrementado. No podemos olvidar que, si bien estos procesos migratorios son generales —y en los últimos años el fenómeno cubano no es distinto a lo que está ocurriendo como tendencia internacional—, dentro de esa regularidad general Cuba es una isla, no solo en lo geográfico, sino también en lo simbólico. Los contactos de las personas que residen dentro de este territorio pueden ser mayores o menores, en dependencia de sus posibilidades de intercambio. Sin lugar a dudas, la década de los 90 ha ampliado esos contactos y permitido que la Isla sea menos isla desde lo cultural y desde lo simbólico. Todo esto ha despertado, de alguna manera, un incremento del interés por el conocimiento y el contacto con otras realidades, ha modificado los significados individuales y grupales que, dentro de la sociedad cubana, tiene el acto de emigrar. Consuelo hacía referencia a un proceso de despolitización del asunto, pero ello se relaciona también con otro fenómeno que ella apuntaba: el problema de la temporalidad de la migración. En períodos anteriores había el criterio de que la emigración era definitiva. En estos años está presente la posibilidad de una migración temporal que, sin lugar a dudas, cambia el significado que ese fenómeno tiene para la sociedad y hay una ampliación de opciones para la vía de emigrar. Por supuesto, también se refuerzan las tradicionales —o sea, las salidas definitivas, sobre todo a los Estados Unidos, y las ilegales—, pero se abre una nueva gama: contratos de trabajo, matrimonios con extranjeros, permisos de diferente tipo, que hacen que el fenómeno adquiera otras características.

En cuanto al asunto del aburrimiento, es cierto que la juventud cubana tiene certezas e inseguridades que pueden conducir al aburrimiento, y también incertidumbres que podrían motivar la búsqueda de otras alternativas —a veces realistas, a veces muy ilusorias—, pero no creo que el concepto de emigrar por aburrimiento justifique la complejidad de un proceso mucho más diverso.

**Rafael Hernández:** Yo quisiera referirme a algo que María Isabel mencionaba: la cuestión de la incertidumbre. En Cuba no existe el juego de azar; sin embargo, hay una «lotería», consistente en jugar a obtener una opción de salida definitiva, ofrecida por la política migratoria de los Estados Unidos. Este fenómeno podríamos considerarlo desde el punto de vista social, ideológico incluso, pero también tiene una fuerte connotación cultural. El elemento del azar en la vida, el juego. El que juega no necesariamente se dispone a ganar. Ganar es una posibilidad, pero el juego tiene un fin en sí mismo, lo que implica una connotación cultural. Así ha sido estudiado antropológicamente, sociológicamente. Está presente también en el teatro, una escenificación, un juego. Esto me lleva a pensar en los elementos relacionados con la forma en que se representa el acto migratorio. Cómo ha cambiado culturalmente su representación, cuál es su trascendencia, cuál es su nivel de radicalidad en la ruptura con un orden de vida cotidiana establecido y cómo estos factores, vistos culturalmente, influyen en las motivaciones y en las expectativas. La representación incluye no solo la del que emigra. El balsero que se va en 1994 no es percibido como el que se quería ir de Cuba en 1980, y mucho menos el que se iba en los 60; pero, al mismo tiempo, la visión acerca de a qué se va está condicionada culturalmente, es decir, cómo se representa el destino hacia el cual se dirige. De la misma manera hay una visión, una autorrepresentación de por qué se va. ¿Cómo trasciende todo esto en el plano de las relaciones sociales, cómo se refleja en la creación artística, por ejemplo en el teatro?

**Omar Valiño:** Quiero apuntar algo no solo refiriéndome al teatro, y de ningún modo tratando de ser globalizador, porque sería imposible; pero cuando Consuelo y María Isabel hablaban de este último punto, yo ratificaba internamente una

obviedad: en la misma medida en que este tema ha alcanzado una nueva connotación social en la última década, así también lo ha reflejado el espacio artístico, no solo el teatro. Si uno considera la década de los 90, dividida a partir de algunos hechos culturales, puede pensar, incluso de modo casi categórico, que en cuanto a lo relacionado con la emigración, la década puede ir desde un cuento de Senel Paz, «El lobo, el bosque y el hombre nuevo», donde el tema no es la emigración, pero está el escape del personaje de Diego a un cierre social, cultural, también humano y social. El momento en que ocurren las acciones en el cuento se ubica en el último lustro de los 70, tal vez un poco antes del Mariel, y tomando una década un poco larga llegamos a una película que acaba de ser estrenada, como es *Video de familia*, de Humberto Padrón, donde este sí es un tema central y que, a pesar de ser un cortometraje —quiero decir, tiene una duración relativamente breve para analizar un tema tan complejo y de tantas connotaciones y donde además el realizador elige un espacio «mínimo», como es la familia—, hace un profundo análisis de las connotaciones del hecho migratorio para el espacio familiar cubano y, por ende, el social. En medio de ese arco de aproximadamente once años, hay una enorme cantidad de representaciones sobre el tema migratorio en prácticamente todas las manifestaciones artísticas.

El asunto lo empezó a tratar, de una manera nueva, la plástica cubana de principios de los 90, que no está protagonizada por los mismos artistas, ni exactamente por el mismo orden de lenguaje, ni el mismo orden canónico, que la que se trabajó hasta precisamente los años 89 y 90, con el proyecto del Castillo de La Fuerza o El Objeto Esculturado. La representación cambia y la imagen, casi la célula —sí, exactamente la célula, porque es un organismo vivo— que eligen estos nuevos artistas como fenómeno fundamental de representación va a ser la isla, que durante alrededor de treinta años —tal vez desde Acosta León o Martínez Pedro—, no aparecía en la plástica cubana, y de pronto emerge a primer plano. Claro, la plástica tiene una limitación de lenguaje para ir más allá de una determinada densidad, pero sin dudas las islas (estoy pensando, por ejemplo, en artistas plásticos como Sandra Ramos: esa isla que es avión, nave, remo) empiezan a connotar el fenómeno desde el punto de vista social. Si uno quiere representárselo de otra manera, ahí están las extraordinariamente triunfadoras instalaciones de Kcho, que también toman como tema de representación la emigración, que por supuesto no es, ni uno puede leerlo solo como un problema cubano. Pero esas enormes instalaciones de barcasas, de desechos o de una más reciente isla, que es un muelle abandonado rodeado de botellas, está connotando y relacionando el espacio del espectador con esa realidad.

El cine tiene un tremendo impacto social con *Fresa y chocolate*. Ese abrazo final entre David y Diego es también una respuesta nueva, no solo al fenómeno del homosexualismo, sino solo al fenómeno del otro —que a mí me parece el gran tema de la película, el reconocimiento de la diferencia, el reconocimiento del otro. Está también el otro que es diferente porque emigra, porque se va, aunque no sabemos si es definitiva o no la salida; pero ese muchacho que está en las antípodas, en muchos sentidos, ese personaje de David está relacionándose de una nueva manera con él. El arte de los 90 ha hablado del tema desde esa perspectiva, también en un proceso relativo de despolitización, en un reconocimiento donde predominan la comprensión y las claves de lo humano con respecto al fenómeno migratorio.

El teatro, la manifestación que conozco un poco mejor, había sido sin embargo el arte que había enunciado primero el fenómeno migratorio. Si uno se remite al año 1982, tenemos *La familia de Benjamín García*, una obra que —no estoy hablando de valores teatrales o dramáticos, sino temáticos y de haber puesto en circulación el tema—, incluso para su tiempo, no plantea del todo el problema como una ruptura. Hay el gran drama del padre, como si el mundo se le hubiera derrumbado encima,

porque el hijo se ha ido del país. Él llega a pensar (recuerden que también se pensaba así de modo social) que podía ser por una misión de la Seguridad del Estado y que nadie lo podía saber. Eso está en la obra.

Creo que se da un salto importante, con mucho más impacto social, en el año 1986, cuando aparece *Weekend en Bahía*, de Alberto Pedro —tal vez el autor cubano que más ha abordado el tema. En *Weekend...* hay el regreso de alguien que se ha ido, vive en los Estados Unidos y viene, sobre todo, a reencontrar un espacio cultural, y esto también es importante. A través de la relación con aquella pareja, de la relación hasta con un barrio no particularmente connotado desde el punto de vista de densidad histórica, como puede ser el reparto Bahía, hay sin embargo un reencuentro de orden cultural. Otras obras tratan menos centralmente el tema, pero no dejan de ser importantes, como por ejemplo *Manteca*, del mismo autor, aunque está tratado de un modo tangencial y nuevo; se trata más bien del que ha sido emigrante en otro tiempo, que ha trabajado en Rusia, que ha vivido casado, y se ha quedado desligado de ese contexto.

En el año 1994, o principios de 1995, el conflicto se establece en otro orden y llega a la obra que, en el teatro, resume esto de mejor manera. Hablo de *Delirio habanero*, también de Alberto Pedro, quien hace encontrar, exactamente en un espacio cultural —un bar abandonado, cerrado—, a dos figuras que son representaciones simbólicas unánimes de la cultura cubana: Benny Moré y Celia Cruz. De hecho, dos figuras muy parecidas en varios sentidos; lo único que las desune es que uno murió en la Isla y la otra vive en los Estados Unidos. Ese diálogo de oposiciones, mediado por la figura del *barman*, es un reconocimiento a un reencuentro de carácter cultural. Una cosa muy importante es que esta obra ha tenido dos montajes importantes. Uno realizado en Cuba por el propio equipo con el que habitualmente trabaja el autor —la directora Miriam Lezcano, con Teatro Mío—, donde el espectáculo tiene todas esas connotaciones que acabo de señalar; pero es más social, es más verdad; el bar es un bar más, verdaderamente cerrado, o sea, el referente social es más cercano. El otro es una puesta en escena realizada en Miami por un grupo del cual, desgraciadamente, no se conoce todo lo que necesitamos: el grupo cultural La Ma Teodora, de Alberto Sarraín, fundamentalmente teatral, e indudablemente cubano —de autores, director y actores cubanos y, además, hecho con un sentido de total relación con la Isla, con la cubanidad y con los dramas del cubano de cualquiera de las orillas. En su puesta, el bar deja atrás el referente social y es, digamos, más ensoñado, donde estos dos personajes se encuentran más allá de todo referente social; son ya símbolos puros de una cultura que, más allá de criterios de orden político, de soluciones privadas en un determinado momento de la historia, puede establecer un diálogo en medio de este bar ensoñado, de este espacio cultural simbólico.

Para no extenderme mucho, luego podría hablar de otra línea que, también desde el teatro, se relaciona con el tema, pero tal vez más tangencialmente: algunas obras de Abilio Estévez, eso que hemos dado en llamar «la línea sobre los poetas», en la dramaturgia cubana de los últimos treinta años, que también está relacionado no solo con la emigración, sino más bien con un tipo de *in-xilio*, y que toca también el tema, de otra manera.

**María Isabel Domínguez:** Quiero insistir en varias cosas, en algunas muy brevemente, porque ya se han ido tocando. Uno de los elementos importantes en las representaciones del acto de emigrar es la disminución de su connotación política y la elevación de otras: la económica, la humana, e incluso la de búsqueda de realización personal en otros contextos, que no necesariamente está siempre vinculada con lo económico. A veces está relacionada con lo profesional, más que

con lo económico puro. Como decía Consuelo, este cambio no está solo en la imagen del propio emigrante, sino en la que la sociedad en su conjunto tiene del acto de emigrar. Se ha ido produciendo una distensión en estas valoraciones sociales que tenían una connotación fuertemente negativa en etapas anteriores, y se ha ido transitando hacia unas más neutras, e incluso positivas en algunos grupos. Están confluyendo muchos factores. Van desde las transformaciones sociales más generales, propiamente dichas: esa flexibilización, esas visiones más abiertas, hasta un intento de conocimiento del fenómeno. Aunque en Cuba tengan una expresión particular, tales factores no son exclusivos de ella, sino tendencias internacionales.

También hay hechos concretos que influyen en esas visiones, como la propia actitud de los emigrados en relación con su país de origen. Eso es algo que tiene una connotación fuerte. Los emigrados de otras etapas, sobre todo de las iniciales, e incluso de las intermedias, eran personas que —ya fuera por decisión personal o por las circunstancias de las relaciones migratorias que primaban entre Cuba y los países receptores, especialmente los Estados Unidos—, obligaban a una ruptura mayor. Las últimas oleadas de emigrados mantienen un vínculo muy estrecho con la Isla, con su familia, con los contextos que han dejado; se hacen presentes en ellos, en períodos de tiempo relativamente cortos. Todos sabemos que muchas de las personas que abandonan el país, al año están regresando de visita; no pierden ese contacto. Incluso se convierten, en muchos casos, en apoyo económico de la familia y, por lo tanto, ese hecho es visualizado por esta en un sentido muy positivo; es decir, como alguien que ha ido a buscar una solución no solo personal, sino también familiar. A mi juicio, toda esta interrelación de factores está contribuyendo a ese cambio de imagen del proceso de emigrar y del sujeto que emigra propiamente dicho.

De todas maneras, es importante no absolutizar estos procesos, pero es cierto que, como ha dicho Omar, ello está teniendo una fuerte presencia, desde el punto de vista de las representaciones sociales, en las expresiones artísticas. Hace poco trataba de listar un conjunto de las últimas películas cubanas y creo que no hay una sola que no trate, directa o indirectamente, el tema de la emigración. Desde algo más tangencial como en *Miradas*, donde la muchacha se casó con el europeo y luego regresó, hasta *Nada* y, por supuesto, *Video de familia*, *Miel para Oshún* o *La vida es silbar*. Prácticamente no hay una sola que no aborde el tema. Esto está siendo así, y si lo comparamos con momentos anteriores comprobamos esa emergencia del tema y un cambio en su representación social; pero eso no nos debe llevar al extremo de decir que hay una expectativa generalizada por el hecho de emigrar.

En estudios que hemos realizado con jóvenes cubanos, en las circunstancias actuales del país, se llega a la conclusión de que la mayoría no desea emigrar. Es muy fuerte el deseo de la juventud cubana de *viajar*. Esto es muy interesante, y por eso creo que no se deben confundir los términos. En otro país, viajar es simplemente coger un automóvil y cruzar una frontera, es casi como ir de La Habana a Santa Clara; pero en Cuba es todo un acontecimiento, es montarse en un avión, atravesar el mar. Aquí muchísimas personas, no demasiado jóvenes, nunca se han montado en un avión, ni siquiera para ir a Santiago de Cuba. Eso tiene una connotación social y cultural que trasciende el hecho mismo de lo que significa visitar otro país; es decir, tiene una cantidad de elementos simbólicos asociados muy vinculados al fenómeno. Eso hace que para los jóvenes, el acto de viajar, de conocer otra realidad, tenga un peso fuerte que no necesariamente se identifica con el hecho de emigrar de manera definitiva. Incluso hay una respuesta mayoritaria al deseo de ir y conocer otras realidades, pero no quedarse allí, o sea, ir a conocer mundo, pero regresar. A veces se confunde el deseo que tiene la gente de salir, pero no para quedarse fuera.

Para muchas personas, fundamentalmente para los jóvenes —las personas que estudio—, también hay otra visión del asunto. Se puede resumir en «yo no quiero irme, pero si las circunstancias se mantienen de la manera en que están, y algunas de las opciones a las que yo aspiro no se logran materializar, me vería *obligado* a emigrar». Es decir, se trata de la emigración no como un acto deseado y voluntario, sino como la búsqueda de una solución ante las incertezas, ante las incertidumbres, ante algunas necesidades personales. En el contexto de despolitización y de significación social más neutra, e incluso positiva de la emigración, esta es una alternativa para muchos. Por último, también resulta interesante valorar hacia dónde se orientan las expectativas de ese viajar y de ese emigrar, y las razones de ello, que tienen mucho que ver con el elemento sociocultural al que estamos haciendo referencia. Todos sabemos de la imagen de los Estados Unidos como la Meca para la emigración, los vínculos históricos que tiene esa comunidad con Cuba y, por lo tanto, su efecto de atracción para los cubanos que emigran; sin embargo, resulta muy interesante que, para los jóvenes, los polos más atractivos no son los Estados Unidos, sino otros países. Por eso yo le daba tanta importancia a este elemento de intercambio y de apertura, y de interrelaciones, porque, por ejemplo, países como México —históricamente un destino de la emigración cubana— y España han sido siempre países atractivos para el posible emigrante. Pero Italia, por ejemplo, no ha sido nunca un destino ideal para los emigrados cubanos y, sin embargo, el estrecho vínculo que está estableciendo la población cubana con la italiana a través del turismo, entre otras cosas, hace que se convierta ahora en un foco de interés. No quiero decir que materializado, pero sí un foco de expectativas, como un posible destino de emigración. Interesante también es la amplia gama de esas expectativas que no se circunscriben a un solo lugar, ni siquiera a los países de más alto desarrollo, lo cual tendría que ver con algo que Consuelo apuntaba: qué representación social de esos destinos tienen las personas. Creo que eso es importante también porque está condicionando el asunto. Yo le doy mucha importancia a las condiciones concretas en las que las personas no siempre disponen de información; o sea, no han viajado, no han salido, no tienen contactos y, por lo tanto, esas representaciones sociales de cuáles pueden ser esos destinos a veces no tienen nada que ver con la realidad, y están sirviendo de estímulo para una imagen que después resulta chocante con lo que realmente se encuentran.

**Consuelo Martín:** Varios resultados de investigaciones presentan un conjunto de hallazgos en cuanto a la relación familia-migración-vida cotidiana, que refrendan cosas dichas por María Isabel. Por mi parte, en este momento más bien voy a dejarme arrastrar por la provocación durante un par de minutos. En primer lugar, quiero enfatizar, como un alerta —cuidado con descontextualizar— que nosotros podemos, a nivel de la cultura pura, encontrar a Benny Moré con Celia Cruz donde queramos, pero Benny Moré tiene una historia, Celia Cruz tiene otra historia; se encontraron y se desencontraron. El teatro los puede hacer encontrar, el cine, el arte, la cultura. Cuando digo «cuidado con descontextualizar», como alarma, es porque cuando estaba escuchando lo que decía ahora María Isabel y antes Omar, me venía a la mente, por ejemplo, la trova y la música en general. Ya sea de una manera jocosa, analítica, o como quiera que la pongan, las distintas manifestaciones también abordan el tema de la emigración. ¿Por qué se diversifican los destinos? Porque se ha diversificado la posibilidad de su existencia. Si no fuera así, no se diversificaría en la representación social, en el pensamiento común, la posibilidad de ir hacia otros lugares, ni se estructurarían esos países como tales.

Pero esto tiene otra cara —y aparentemente me estoy contradiciendo, pero se trata de una paradoja—: la fantasía, en términos del sentido de la vida, puede tener

más fuerza que la realidad y, de hecho, lo subjetivo, la idea, la cultura, existen subjetivamente. La magia de la pintura es que es duradera. La instalación es temporal, efímera. En cuanto a la representación teatral, si la obra está escrita se puede leer y releer; pero la representación misma se va. Y no es lo mismo verla en La Habana que verla en cualquier otro lugar. Las emociones latentes y manifiestas en el escenario y en la sala, son también ecos del momento histórico-concreto que se vive. Si tal vez nos cuesta trabajo ubicar años atrás una representación —teatral en este caso— de la emigración como proceso circular en Cuba, más impensado aún sería para el imaginario social de Miami. Sin embargo, se han operado estos cambios en muchas manifestaciones de la cultura, a pesar de la intolerancia que aún se respira en ciertos ámbitos concretos. Es evidente que la evolución de cualquiera de ellas, en esta década, ha sido sobre la base de la diferencia, de la heterogeneidad.

Hablo de cambios visibles en una década. No creo que se hayan producido por sí mismos, sino por lo que de movimiento había venido operándose desde décadas anteriores, en un momento también de crisis —desde el punto de vista teórico, pero más evidente en la práctica— que fue la Revolución cubana. Ahora estamos hablando de cambios en los 90, pero a lo mejor tienen su referente en los primeros cincuenta años del siglo xx, y no en la década de los 60. Lo que se nos hace evidente hoy son posiciones con respecto a poder ir o no a cualquier otro país. Hay un efecto psicológico: el no poder viajar por una legislación o regulación determinada me hace sentir la cuasi necesidad de moverme, de viajar, de trasladarme, y emigrar. Hay muchas personas que salieron de España y vivieron en nuestro país por años, como inmigrantes —o sea, inmigrantes españoles—, que se murieron con la añoranza de regresar a su tierra natal, así como los chinos, o cualquier otro grupo de inmigrantes en el mundo entero. Ahora estoy pensando en Cuba, pero puede ser a cualquier otro lugar. Aunque a los efectos de Cuba, hay una cosa especial: en un período de cuarenta años hubo una revolución, que es una crisis, porque cambió la forma habitual de satisfacer las necesidades, y la representación de vivir la vida. Se apostó por un proyecto social, en el cual el punto de vista público se amalgamó en una unidad con el familiar o privado. Esa unidad nunca dejó de ser una heterogeneidad, porque, para cada uno de los actores sociales que se instalaban en la dinámica de ese proceso, la ruptura con respecto a la emigración era radical. O se estaba o no se estaba. Para poder participar en el proceso había que estar físicamente en la Isla. Esto no quiere decir que personas que emigraron antes de 1959 no tuvieran también el deseo de regresar. Muchos regresaron, algunos se volvieron a ir, como pasó a principios de siglo, después de la Guerra de Independencia.

La noción de proceso, de contexto histórico, es la única que nos va a permitir entender cómo las rupturas de la última década pueden tener nuevas estructuraciones y nuevas expresiones. De lo que no cabe duda es de que las manifestaciones artísticas sintetizan lo que la sociedad está sintiendo y viviendo. Puede ser en un largometraje o cortometraje cinematográfico, en una obra de teatro, en una pintura, en un cuento, en una canción. A veces se adelantan de manera audaz. Digo de manera audaz porque la sociedad lo está viviendo, pero no lo está reflexionando. Desde el punto de vista político, no se está preparado. Es necesario que la política esté preparada para la crítica que implica el arte, una forma saludable de la crítica social, de la crítica social constructiva, la cultura artística a veces se adelanta y pone esos retos.

Al mismo tiempo, la desestructuración económica que se produjo en los 90 y las nuevas medidas tomadas desde el punto de vista económico, político y jurídico hacen que den «permisos» —lo digo entre comillas, porque son psicológicos—, es decir, los cambios de la sociedad desde el punto de vista jurídico, político, económico, nos van aliviando, al darnos la posibilidad —en términos de la relación con la emigración—, de no sentirnos inmersos en una ruptura radical, la posibilidad de

vivenciar la añoranza del migrante y de minimizar el sentimiento de victimización que encierra la salida definitiva. Lo que estaba diciendo María Isabel no es otra cosa que el cambio que implica el término emigrar. Para cualquiera de las personas que estamos en este país hoy, como tendencia mayoritaria, lo primero que nos viene a la mente cuando oímos la palabra es que se trata de «irse del país», y eso es una entelequia, eso no es emigrar. Emigrar es trasladarse de un lugar a otro. La experiencia fue dura, fue la ruptura con la familia, una ruptura política, pero se veía como algo monolítico, tanto fuera como dentro; y siempre, necesariamente, se estaba en una posición u otra. Esas tendencias son las que en esta década, no solo en Cuba sino en el resto del mundo, se han visto fragmentadas con mayor fuerza y heterogeneidad.

Es muy importante lo que apuntaba Rafael acerca de la «lotería» que organiza la política migratoria norteamericana para los cubanos, como un juego. Dentro de esas cosas que atribuimos al cubano como idiosincrasia, está el juego de azar y ahora resulta que no es un juego como tal. Es llenar una planillita, mandarla por correo, porque supuestamente se está apostando a una salida definitiva. Sin embargo, el incremento de las cifras de personas que hacen esto evidencia que, en efecto, es una vía más y una posibilidad más de emigrar. Cuando los propios cubanos hablan con personas de otros países y les cuentan que eso existe, dicen «¡Ay, qué maravilla! ¿Yo no puedo optar por esa lotería?». Porque en otros países no existe esa posibilidad. No estoy segura de que el hecho de «jugar» implique de antemano expectativas de ganar. Yo diría que hay que poner posibles alternativas, personas que lo apuestan como «mi solución», y tienen la expectativa de ganar, y personas que lo tienen como opción y otras que lo hacen por embullo, porque existe como posibilidad. Lo que sí creo que no está estructurada es la duda de «si me la gano, entonces qué hago». Ha salido en investigaciones. Un miembro de la familia llenó la planilla, sin decírselo a los demás, y después que ganó, ya tienen un problema que resolver: «¿Nos vamos o no nos vamos?». Entonces, ante las incertidumbres, sale como la estrategia más efectiva para resolver el problema inmediato. Pero no es la más utilizada.

En un estudio sobre las percepciones acerca de lo que la gente hizo para salir de la crisis del Período especial, lo que los entrevistados expresaron no fue que la mayoría de la gente se iba del país, eran muchas otras opciones las que exponían. Ahora bien, cuando se les preguntaba cualquier variante (relacionarse con la emigración, recibir una remesa, irse del país, la lotería...), sí consideraban que era la noción de efectividad máxima, con eso se resuelven los problemas de inmediato. Eso puede estar distante de la realidad de un migrante y del propio proceso que vive el que emigra o el grupo que se traslada; pero también está asociado a la vivencia de lo que puede significar en Cuba una pequeña cantidad de dólares que envíe un familiar, de lo que para ese familiar significa establecerse, adaptarse, y «echar pa'lante», como dice la gente, en el lugar donde está viviendo. Entonces los montos son distintos, pero lo que sí emerge en la investigación es que hay familias que están tomando la decisión —como se pudo haber tomado en cualquier otro país, o en este mismo en otra época—, de decir ¿quién de nosotros va a abrir camino para ayudarnos a resolver el momento concreto? Y una cosa muy interesante: esa persona va sabiendo que la regulación va a cambiar y va a poder regresar, va con una noción de temporalidad creída, convencida. ¿Por qué? Porque las cosas se están normalizando, cambiando, y ya emigrar no significa una ruptura necesaria con la Revolución, ni con el país. Es como una vía, una forma que existe, que es posible, real, pero que se estructura en la fantasía, no solo como solución buena, inmediata y positiva, sino temporal, independientemente de la vía que uno utilice.

En esa relación de rechazo-aceptación del proceso migratorio, de la toma de decisión de emigrar, y de la forma en que el discurso jurídico —o sea, la regulación migratoria y el discurso político, la forma de referirnos, en distintos momentos históricos de nuestro país, al proceso migratorio, a la posibilidad de relacionarnos con ello—, lo que se está abriendo es el espacio de ver la emigración como un proceso más, sin que ello implique la inexistencia de contradicciones políticas y grupos sociales contrarrevolucionarios, con proyectos en contra de Cuba muy definidos. Lo que se está abriendo es la posibilidad de aliviar conflictos a nivel personal, familiar, social, de distinta índole. Cuando digo «conflictos» estoy pensando en contradicciones saludables, con soluciones posibles, no necesariamente en su acepción negativa. Es posible seguir amando a la persona que emigra, que por emigrar no hay que odiar; es posible tener una relación viable de comunicación telefónica, un contacto físico humano. Hay algo que hace muchos años yo solía llamar «la magia de la barbacoa». Todos sabemos lo que es una barbacoa en una casa, y por lo tanto cuando emerge el conflicto, el problema político se sube a la barbacoa; el problema ideológico, a la barbacoa. A nivel familiar hay una cantidad de conflictos que estaban solapados por lo político, y que solamente se le achacaban a lo político, que ahora están emergiendo, en su diversidad, en las relaciones familiares. Lo político se manda arriba, aquí abajo tenemos un margen de interacción muy amplio, donde creo que hace eco la cultura de manera maravillosa.

**Omar Valiño:** Cuando el proceso de la firma con respecto a los cambios en la Constitución, hubo una nota acerca de que mucha gente emigrada había planteado la posibilidad de firmar. No estamos hablando de los médicos, los colaboradores cubanos en el exterior, que finalmente fueron los únicos que se aceptaron. Yo no sabría bien si los emigrados debían firmar o no, pero me pareció interesante que una serie de gente emigrada, definitiva o temporalmente, pedía firmar el documento. Y no puede haber sido muy poca, estadísticamente hablando, para que el periódico *Granma* lo incluyera en su primera página, aun cuando después la Asamblea no lo refrendara. Eso me parece extraordinariamente interesante. Sería incluso —al menos hasta un determinado momento— como la subida de la loma hasta el pico prácticamente, porque ahí sí estamos hablando de política pura.

**Rafael Hernández:** Bueno, la riqueza de este tema y sus múltiples derivaciones rebasan el análisis de lo cultural mismo. Pero ese es el foco de este panel. Ahora damos paso a las intervenciones, los comentarios, las preguntas que los asistentes quieran hacer a los panelistas.

**Miriam Rodríguez (Universidad de La Habana):** Este es un tema que estudiamos y que aparece en las discusiones que tenemos en nuestro Centro de Estudios de las Migraciones Internacionales. En la sociedad cubana estamos produciendo un cambio mucho más amplio que el que está ocurriendo afuera. Podemos sentarnos a hablar del significado de la emigración para la sociedad y para los diferentes factores que intervienen en ella. Lo tenemos en el cine, en la cultura artística en general. Pero cuando valoramos el cambio en la emigración, en el exterior, yo lo veo mucho más lento. Eso no significa que no haya cambiado. Creo que sí, pero el proceso es más lento. Aun cuando podemos ser bien recibidos en determinados círculos con los cuales nos relacionamos —en el propio Miami o en otras ciudades de los Estados Unidos—, todavía hay heridas en ellos que no les permiten un análisis objetivo de muchas de estas situaciones. Creo que eso refleja la nostalgia que sienten, a veces, de no reconocer en lo interno que se equivocaron al emigrar. Eso está en lo psicológico de muchas de las personas que emigraron, y hace que todavía haya malas percepciones. Por ejemplo, cuando va un grupo musical

ya no están las clásicas dificultades, como cuando iba Van Van, o la bomba que le iban a poner a Rosita Fornés y toda esa serie de cosas; pero en muchas ocasiones todavía en esa comunidad, en esos emigrados, hay contradicciones y hay malas percepciones del cubano que va allá. Eso es importante tenerlo presente porque a veces nos equivocamos y decimos simplemente que hay dos orillas de lo cubano. Sí, ha habido cambios, pero todavía esos cambios no nos permiten poder discutir todas nuestras creencias descarnadamente.

**Asistente:** Consuelo hablaba, por ejemplo, del hecho de que alguien de la familia sale para mejorar o ayudar económicamente a su familia, como parte del proceso histórico de las migraciones. Me gustaría saber si ustedes han hecho un estudio sobre el impacto de la migración en lo interno, las consecuencias para los que nos quedamos, y entre los que nos quedamos, las diferencias que se crean. A veces uno lee algo sobre «el exilio de terciopelo», referido a los intelectuales, sobre todo del sector artístico. Yo he tenido la oportunidad de viajar; otros no la han tenido, y mientras más viajo más me quiero quedar en mi país, porque tengo la forma de comparar; hay otra gente que no tiene la oportunidad de comparar por no tener la posibilidad económica o por otras razones. Creo que esas diferencias podrían ser objeto de análisis.

**Asistente:** María Isabel hablaba del deseo de viajar, más que el de emigrar, de la juventud cubana según los estudios. Consuelo decía que por muchos años, antes de la Revolución, buena parte de la población cubana no se proponía siquiera viajar y esto tiene también que ver con lo que decía la compañera arquitecta de cómo se refleja la emigración internamente. Yo pienso también que viajar —que algunas personas lo han podido hacer y otras no— tiene un elemento de éxito en la sociedad cubana en los últimos años, y creo que eso forma parte de las fantasías o del imaginario colectivo. Esto no es siquiera una hipótesis, sino quizás apenas una conjetura que podría investigarse. Yo pienso a veces que, en el caso específico de las mujeres cubanas —no puedo por supuesto absolutizar— la fantasía del príncipe azul se ha convertido en un extranjero, también por esa posibilidad de viajar o de emigrar.

**Rafael Hernández:** Volvamos entonces al panel.

**Omar Valiño:** Mucho más allá de la cultura o del arte, cada una de las intervenciones podría dar pie para un panel. Muchas de las batallas que se han dado desde el campo intelectual, con respecto a este tema y a otros, no han sido sectoriales. En ningún momento se puede perder la perspectiva de que son batallas de conquista para la sociedad cubana. En alguna medida muchas lo han sido y otras lo tendrán que seguir siendo. Yo he tenido la experiencia de estar dos veces en Miami, por un tiempo relativamente largo, en funciones de trabajo relacionadas con el teatro —para asombro de esa comunidad mucho más que de esta, acerca de que no me quisiera quedar, qué hago yo aquí en Cuba, etc. Miami es una ciudad que daría para muchos paneles. Creo que vale la pena, porque también hay que hablar, de una nueva manera, también en Miami. De ese Miami que no es el de los locales jurásicos, de esa fauna que hay allí, que en realidad está muy poco conectada con la mayoría del tejido social de la comunidad; un tejido fragmentado, de muchas aristas en sí mismo; de todas maneras, una ciudad extraordinariamente heterogénea. Yo no soy sociólogo, pero uno hace ejercicios de sociología inevitables, sobre todo generacionalmente. Hay una obra de teatro de Eduardo Machado —y podría en otro panel hablarse de la visión de esto desde la dramaturgia del lado de allá— que segmenta, a partir de tres generaciones, de modo esquemático, tres posiciones respecto a Cuba. La de la primera emigración, la de una segunda generación y la de

la generación nuestra, que tanto estudia María Isabel. Existe el Miami esquemático, que es el que más domina el espacio público cubano, el gran espacio; pero también existe el de la cotidianidad de las personas que sobre todo han podido ir y regresar, y que tienen una cierta conciencia, una cierta manera de ver las cosas. Es necesario problematizar ese cambio.

De todas maneras, creo que psicológicamente es muy difícil. Yo tengo cuatro hermanos, no hermanos de sangre, hermanos de mi pre, de mi secundaria, gente que estudió conmigo toda la vida y hay cuatro en Miami, que han emigrado en los últimos años y que no tienen absolutamente nada que ver con la política. Ellos no estaban en mala situación económica aquí, como sí ocurre con muchos otros. Todos son muy inteligentes, todos estudiaron en una escuela vocacional durante seis años; es decir, son parte de esa generación criada en el momento del *boom* socialista, del socialismo cubano pleno, por decirlo de alguna manera, y hoy están en Miami. Son médicos e ingenieros, los cuatro. Para intentar irse, uno fue ocho veces a un cayó y nunca lo vinieron a buscar. Otro cogió una balsa y casi no llega. Esas heridas hacen difícil, por lo menos en un tiempo, supongo yo, establecer ciertas zonas de diálogo; otras están plenamente establecidas, lo que es también interesante. Uno no llega allí y todo el mundo se faja o le va arriba. A mí me encantaría hablar de política con ellos, porque aquí me la paso hablando de eso, pero allí no tiene sentido. Uno sabe cuándo las cosas son útiles y cuándo no tienen sentido. Forma parte de esa estrategia. Yo quiero estar aquí, me da la gana, comparto muchas cosas de este país, de este proceso, con desgarramientos como todo el mundo. Pero yo, en mi sector, siento demasiado la emigración como una salida incluso definitiva, no solo de viajar. En el ámbito artístico, cultural, literario, no tanto en el resto de las profesiones, yo siento esa perspectiva, y me duele, porque uno no está preparado para despedir a un amigo todos los meses. Como dice Abilio Estévez, «en mi bahía hay siempre un barco que se va». Uno no está preparado para eso.

**Consuelo Martín:** Creo que hay que determinar una cosa importante: de qué generación migratoria estamos hablando; es decir, en qué fecha sale la persona de Cuba, y a qué edad emigra en la fecha en que emigra. No es lo mismo un adulto que un niño, no es lo mismo decisión propia que familiar, no es lo mismo envuelto en un movimiento como puede haber sido, puntualmente, el Mariel o los balseros. No es que tenga una respuesta, solo son ideas para seguir pensando. En el mundo de la cultura, esto tiene otro elemento. El espacio de creación siempre ha estado en la expectativa de lograr el máximo que, internacionalmente, mira al norte. Esto entroniza algo que pongo en el arte, pero es para todos, que es la posibilidad del retorno. La imposibilidad del retorno al país es algo que existe en estos momentos para un grupo de personas que cumplen un conjunto de características que realmente lo eliminan. Todavía la noción de salida definitiva, y la noción de permisos de entrada y salida para cualquier viaje temporal del tipo que sea pautan las mentalidades para la capacidad de traslado.

Hay otra noción que siempre está presente: la de exilio-emigración. Ahora solemos hablar de emigración, un término bastante más preciso dentro del proceso migratorio. Uno es inmigrante o emigrante. La noción de exilio tiene un componente de tipo político, no solo el referente de las personas que salían de Cuba, en los últimos cuarentitantos años, que convirtió a Miami en un lugar para ir a tomar café cubano, hecho en cafetera italiana y con polvo colombiano. Cuando el emigrado puede visitar Cuba, el referente de identidad se traslada al lugar geográfico real de origen. Pero también el referente de Cuba es que cuando se piensa en emigrar, en «irse del país», se da por descontado que es para los Estados Unidos. Cuando es otro lugar, cuando no es definitivo, entonces la gente lo explica, «no, no, él va a España, va a

Italia; no, pero se casó; no, él vira; no se fue, no se quedó». Hay un conjunto de justificaciones que nos tenemos que dar para un proceso, porque es el proceso lo que está cambiando. La diversificación de posibilidades, que implica diversificación de relaciones, supone también diversificación de impactos. Entonces la noción de exilio-emigración sigue existiendo efectivamente en Miami. Se hereda en las segundas y terceras generaciones, se lleva a los medios de comunicación. Los grupos de poder, dueños de los medios de comunicación tienen una ideología de exilio que mantienen y que van a amamantar. Eso no quiere decir que las generaciones que emigran posteriormente tengan ese componente de origen, porque no fueron expropiados por ninguna ley revolucionaria ni eran propietarios de nada, ni de clase acomodada; pero llegan a un lugar donde esa es la música, y en esa cuerda hay que sonar. A los que no suenan en esa cuerda, se les llama «mayoría silenciosa». Nosotros siempre les preguntamos a los estudiosos que se hacen llamar cubanoamericanos, cuán mayoría y cuán silenciosa. Lo que ha sucedido en la última década es que, si bien no acceden a los medios de comunicación de esa manera tan fuerte, ni son propietarios de nada, sí hay pequeños movimientos y espacios que pueden hacer sonar otras posiciones que siguen siendo minoritarias. Se abre el espacio a las personas que no están organizadas de ninguna manera. Y así puede llegar un actor de teatro a ver a su amigo actor de teatro, y son los mismos actores de teatro de siempre —pero para amarnos, no hablemos de lo que nos separa. ¿Y qué es lo que nos separa? Lo que te sucede. Esa noción de exilio no solo predomina en Miami; a veces, desafortunadamente, desde el referente de Cuba también existe y se alimenta. Porque se asume que todo el que se va rompe definitivamente con Cuba, porque va a engrosar las filas del exilio.

La segunda generación, las generaciones más jóvenes nacidas en los Estados Unidos o en cualquier otro país, tratan de establecer una relación con Cuba, que para mí es interesante, porque es de identidad, de búsqueda de raíces; pero desde lo que cada uno es. Cuando los jóvenes hijos de cubanos, nacidos en Cuba y que salieron pequeños, vienen a Cuba y tienen relaciones con su generación encuentran su referente de sociabilidad. Aun cuando ellos hayan adquirido cosas de la cultura norteamericana que incluso valoran positivamente como mejores que las de la cultura cubana, encuentran esa entelequia propia en la cual ellos crecieron, que no encontraban y se sienten cómodos cuando vienen de visita a Cuba. No están reiterando esa forma de decir «vengo a recuperar lo que me quitaron», porque no les quitaron nada, ni siquiera se están planteando recuperar tal o cual cosa de ese discurso continuamente mediático, sino que dicen «yo soy tal cosa y quiero relacionarme en Cuba como maestro, como músico, como actor», haya nacido aquí o allá, pero identificándose o escogiendo identificarse como cubano, aun no habiendo nacido aquí. Es importante el referente de identidad porque le da el anclaje a la persona de «encontré mi lugar de origen». En la medida en que los contactos se diversifican y en que la posibilidad de interacción se establece desde la expectativa de quién soy, se hace posible una relación más diáfana. Esto no significa que no siga existiendo una posición en Miami que moviliza a una buena parte de la gente, desde la noción de exilio y en contra de la Revolución. Y eso lo demuestran cosas como puede ser el voto cubano en las elecciones de los Estados Unidos, que es tema de otra mesa, para otros especialistas. El referente de identidad que retoma el país de origen hace que no sea posible más (y ya de hecho, los 90 demuestran que no lo es) la reacción de Miami ante la llegada de los marielitos en el año 1980: «esos no parecen cubanos». Para que eso no pase el referente tiene que ser Cuba, y de hecho es lo que está sucediendo desde los 90, cuando hay relaciones, hay visitas de aquí para allá y de allá para acá. Si bien desde el punto de vista de la opción ideológica de cada cual sigue siendo complicado el tema, desde los conflictos a nivel personal

o familiar hay estrategias de solución que implican ya la posibilidad de respeto. Aun cuando aquella persona que se fue y que no tiene la posibilidad de retorno te diga «tú estás loco». En muchas ocasiones, la experiencia que hemos encontrado en Cuba es que hay mucha más apertura, mucha más posibilidad de diálogo franco, abierto, en el ámbito de la cultura, que la intolerancia que se encuentra en Miami, aun cuando Miami también está cambiando. A nivel general y por presiones sociales o por lo que sea, aquel grupo original tiende a ser mucho más radical, intransigente e intolerante.

**María Isabel Domínguez:** Solo quiero decir que el hecho de que cuantitativa y cualitativamente la comunidad cubana de Miami tenga esa influencia en la emigración cubana hace que todos estos elementos a los que Consuelo y Omar hacían referencia tengan todavía una connotación muy fuerte. Evidentemente, todos estos fenómenos que se manifiestan con Miami no se producen con los emigrados en otros países y, a veces, ni siquiera con los cubanos dentro de los propios Estados Unidos, en otros estados, en otros territorios. Sin lugar a dudas, lo que se decía acerca de cómo esa visión desde el exterior no cambia, sino que mantiene esa connotación que imposibilita una comprensión más compartida y menos politizada del asunto, está muy condicionada por el peso cuantitativo y cualitativo de Miami.

Consuelo introdujo un tema que pudiera ser objeto de una reflexión interesante. Aunque comparto algunos de los puntos de vista de ella, tengo también mis percepciones, un poco distintas, en relación con la posición de esa segunda generación de cubanos en Miami, en torno a la tendencia a la distensión o su reproducción. O sea, tendencia a la distensión en el sentido de identificación con sus pares, profesionales o familiares, o hasta qué punto la reproducción.

Esas nociones heredadas o inculcadas desde la familia y desde el contexto, todavía tienen un peso importante. A veces, somos un poco más optimistas sobre lo que realmente está ocurriendo. Yo, personalmente, tengo mis criterios a partir de acercamientos de investigación que he hecho al tema. Concretamente en relación con las cosas que han dicho las personas que comentaron, es evidente que hay una política diferenciada dentro del país en cuanto al tratamiento del tema. No ya de esas solicitudes generales de salida —o sea, de emigración— en el que el ciudadano va en su calidad de tal, sino de estas otras cosas que ocurren con los viajes de trabajo y lo que eso significa en términos de quedarse o no quedarse, regresar o no regresar. Ahí, sobre todo, hay una política bastante diferenciada en función todavía de las diferentes instituciones de la sociedad cubana y que, sin lugar a duda, dejan una huella de insatisfacción en aquellos sectores no beneficiados por esas políticas. Esto también tiene mucho que ver con algo que estaba tocando Omar.

Por supuesto, aquí estamos hablando, por razones de tiempo, de generalidades, y entonces yo digo: «la juventud cubana prefiere viajar y no emigrar»; pero cuando se profundiza a qué grupo social de la juventud cubana nos referimos, vamos a decir, en primer lugar, a grupos ocupacionales o socioprofesionales. Evidentemente en el sector profesional hay un deseo de viajar mucho mayor que en otros sectores, pero dentro de ese sector profesional no se da de igual forma esa misma aspiración, o sea, hay diferencias; aquellos que, por ejemplo, sus opciones de vida en el extranjero tienen una posibilidad más seria —digamos el sector artístico o literario, el sector científico-técnico, el sector de la medicina—, o sea, aquellos grupos con más posibilidades de tener una opción de inserción, piensan distinto en cuanto a esto, que otros que no las tienen. Esa es una manera de acercarse al problema, pero hay otra, que es aquel profesional que se ha formado, que tiene unas expectativas, que tiene incluso unas aspiraciones de realización personal de competencia; o sea, de colocarse a nivel de la competencia internacional y siente que tendría una mejor

posibilidad si emigra. En ese caso, el elemento diferenciador por grupo, que es lo que está disparando las expectativas, es sin lugar a duda imprescindible. Por otra parte, las expectativas son subjetivas, pasan por la socialización de los individuos, lo que tiene que ver con las interrelaciones, con el conocimiento, lo mismo para bien que para mal, porque también encontramos personas con muy bajos niveles de calificación que tienen unas expectativas superelevadas y, precisamente por desconocimiento, creen que es llegar y, como se dice vulgarmente, «soplar y hacer botella». Creen que van a llegar y todo va a quedar resuelto.

El otro elemento clave es el componente territorial. Todos esos procesos tienen una connotación muchísimo más elevada en la ciudad de La Habana que en el resto del territorio del país. Aunque haya otros puntos focales, evidentemente es un fenómeno fundamentalmente de la capital, precisamente por el contexto de formación de expectativas, por los vínculos que tiene la capital con esta emigración, por los antecedentes históricos de que es de ahí de donde han emigrado tradicionalmente más personas y, por lo tanto, esos vínculos que se alimentan en las familias tienen un peso mayor. En fin, el componente territorial, junto con el profesional u ocupacional, tienen un peso importante, a los que se les podrían añadir muchos otros, de origen familiar, de género, de edad. Sin lugar a dudas, hemos estado hablando todo el tiempo del peso que esto tiene en la juventud.

Por último, quiero referirme al comentario sobre la expectativa de viajar como criterio de éxito. Eso precisamente refuerza este elemento subjetivo, que, por supuesto, tiene un componente objetivo, pero sobre todo tiene una representación simbólica en la cabeza de la gente y está influyendo de una manera muy fuerte en esta noción. Es verdad lo que dice Consuelo: la gente, aun cuando existe la posibilidad, a veces no se plantea la emigración, pero siempre esa dinámica entre posibilidad y realidad está presente. Muchas veces, hablando con jóvenes, les dices que en muchas partes del mundo la gente tiene la posibilidad de viajar: posibilidad en términos jurídicos, formales, y no puede hacerlo porque no tiene la posibilidad económica de hacerlo, y entonces en ellos funciona la expectativa: «Bueno, sí, pero ya el problema es distinto, no hay ninguna limitación exterior, todo el problema depende de que yo tenga la opción económica para hacerlo». Eso está influyendo. Por otra parte, todo ese imaginario de que el que viaja triunfa, es una lectura en términos económicos y hace que tenga un referente interno. Por eso la gente quiere viajar, aunque no sea para emigrar. Para mí fue muy interesante cuando se empezó a retomar el proyecto de las misiones médicas. Hablé con un joven médico que comentaba que se apuntó para ir a Zimbabwe, y decía «al fin voy a salir de aquí»; y yo pensaba: qué gran expectativa, salir de aquí para ir a Zimbabwe, un país de África, con unas condiciones económicas muy complejas. Pero es esa necesidad de salir. Abel Prieto, en una conferencia a la que yo asistí, dijo una cosa interesantísima que nunca se me ha olvidado. Dijo que para el cubano, en su condición de isleño, salir de la isla era algo así como perder la virginidad. Esa frase siempre la recuerdo, porque tiene esa connotación cultural, o sea: «me bauticé, salí más allá de los límites que esta frontera de isla me impone». Creo que, efectivamente, eso tiene una connotación subjetiva. Por otra parte, los tiempos han cambiado; es verdad que muchos emigrados españoles nunca pudieron retornar, y que hoy día muchos cubanos no pueden retornar; pero hoy también los movimientos, los desplazamientos de las personas se multiplican por cientos de miles; la gente viaja e incluso viajar no tiene aquella connotación. En España, un joven va en sus vacaciones a trabajar a Londres, simplemente por hacer dinero, porque tiene esa opción para hacerlo en Londres en mejores condiciones que en la propia España. Entonces no va allí con ninguna expectativa cultural, simplemente por un problema de ir a hacer dinero, y cuando regresa sigue siendo el mismo que antes de irse; eso no marcó mucho su

vida. Aquí eso tiene otras connotaciones. Si bien el fenómeno de la emigración en cualquier circunstancia es un tema complejo, en el caso cubano esa complejidad se multiplica, por muchas razones, que no son solo las que habitualmente se tocan, que son las políticas.

**Rafael Hernández:** Hemos tenido la oportunidad de encontrarnos con el tema de la emigración desde una perspectiva inusual. Hay muchos aspectos que no hemos considerado, pero la perspectiva cultural de esta problemática ha demostrado su valor y su especificidad. La cultura cubana en la emigración —no solo la producción artística y literaria, sino la cultura como experiencia cotidiana— y sus incidencias sobre nuestra propia cotidianidad, nuestra propia vida cultural como sociedad, es un problema en sí mismo, que valdría la pena tratar en un próximo panel. En este primer intento, se ha logrado dar una visión orgánica muy profunda de los significados culturales de la emigración y de la complejidad de ese fenómeno. Gracias a todos ustedes por asistir a esta sesión de Último Jueves.

Participantes:

**Rafael Hernández.** Investigador. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello. Director de la revista *Temas*.

**Consuelo Martín.** Psicóloga. Investigadora del Centro de Estudios de Migraciones Internacionales, Universidad de La Habana.

**María Isabel Domínguez.** Socióloga. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.

**Omar Valiño.** Teatrólogo. Director de la revista *Tablas*.